

# **ENCUENTROS Y DESENCUENTROS CON LA DEMOCRACIA**

## ***Los nuevos movimientos sociales***

**Rafael De la Cruz**

---

**Rafael de la Cruz:** Sociólogo venezolano. Maestría en Sociología Política y Doctorado en Economía de la Universidad de París. Profesor del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela. Investiga actualmente y es autor de trabajos sobre los nuevos movimientos sociales y las tecnologías alternativas, así como sobre el Estado y el fenómeno de la tecnocracia.

---

*Es paradójico que la izquierda radical latinoamericana y europea se acerque a las instituciones democráticas representativas, justo en el momento en el que la sociedad parece tomar distancia de éstas últimas. El presente trabajo está dirigido a explorar el impacto de las nuevas formas de organización de la sociedad que conocemos como movimientos sociales, en el proceso actual de reconstitución del Estado.*

*Tanto el Welfare State en los países centrales, como el populismo cepalino de América Latina, han entrado en un declive aparentemente irreversible.*

*Frente a la tentación tecnocrática que se levanta en esta crisis, los nuevos movimientos sociales ¿podrán constituirse en una alternativa de democratización?\**

La crisis económica que se desató a comienzos de los años setenta ha sido acompañada por una crisis de las formas de Estado correspondientes al período de posguerra. Como lo recuerda Juan Carlos Portantiero, la fortaleza del Estado capitalis-

ta, según Gramsci, "residía en su capacidad de absorción de toda la sociedad"<sup>1</sup>. En su análisis, Portantiero establece el proceso progresivo de invasión estatal desde el **Rechtsstaat** liberal hasta el **Welfare State**. Por su parte, la sociedad penetra igualmente al Estado a través de demandas que deben ser satisfechas para mantener la legitimidad. La democracia sería, así, la forma de relación entre lo social y lo político que habría permitido el equilibrio cambiante de ambos procesos. La crisis del Estado que hoy conocemos está relacionada, entonces, con una ruptura de ese equilibrio debido a la complejidad de la sociedad y a la diversificación y ampliación de sus intereses, hasta un punto en el que la capacidad del Estado de sintetizar y administrar esos intereses se ve desbordada. La crisis del Estado es, de este modo, en primer lugar, una crisis de la democracia<sup>2</sup>.

El keynesianismo<sup>3</sup> y el Estado benefactor dominaron la escena político-económica de los años 40-60 en los países centrales, coincidiendo con criterios semejantes de la CEPAL en América Latina. Ese modelo, que en los países de nuestra región está asociado a patrones burocráticos y populistas, está dando signos de verdadero agotamiento. A su vez, los neoliberales, capitaneados por la escuela de Chicago<sup>4</sup>, aparecen como una alternativa que se expresa no sólo en las ya tradicionales políticas monetaristas, sino en una ideología cada día más presente, que pretende la reducción y el cercamiento del Estado<sup>5</sup>. Esta tendencia, fomentada desde numerosos sectores tecnocráticos y empresariales, tiene su contrapartida igualmente en el seno de la sociedad, aunque con un signo contrario. La desconfianza hacia el Estado, los partidos políticos y los sindicatos contiene, en el caso de los tecnócratas neoliberales, un sesgo de reivindicación del autoritarismo a nombre de la racionalidad, de la eficiencia y del pago de la deuda externa. En tanto que, en el seno de la sociedad, lo que podemos llamar **crisis de la democracia representativa** se traduce en nuevas modalidades organizativas en la búsqueda de un nivel superior de democratización del Estado y de la sociedad misma<sup>6</sup>.

Ahora bien, ¿cuáles son esas nuevas formas sociales de organización?, ¿qué características comunes les permite enfrentar tanto la decadencia del Estado de inspira-

<sup>1</sup>Portantiero, Juan Carlos: "La democratización del Estado", *Pensamiento Iberoamericano, Revista de Economía Política*, No. 5a., Madrid, enero-julio, p. 101.

<sup>2</sup>"Lo que está en cuestión finalmente es la democracia, no el Estado", *idem*.

<sup>3</sup>Keynes, J.M.: **Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero**, F.C.E., México, 1943.

<sup>4</sup>Friedman, Milton: **Teoría de los precios**, Alianza Universidad, Madrid, 1972.

<sup>5</sup>La más reciente expresión venezolana de esta corriente la encontramos en Granier, Marcel: **La generación de relevo vs. el Estado omnipotente**, Ed. Seleven, Caracas, 1984.

<sup>6</sup>A pesar de que este análisis está referido a los centros capitalistas y al bloque de países democráticos de América Latina, experiencias como las de Argentina, Uruguay y Brasil, en donde lo prioritario es la estabilización de la democracia, no escapan a estas consideraciones. Si bien es cierto que en estos últimos la legitimidad de los partidos y de las instituciones representativas parece ser muy alta por las circunstancias que atraviesan, no sería muy aventurado afirmar que la continuidad de

ción keynesiana de los países desarrollados como la paulatina extinción de los Estados populistas desarrollistas de América Latina?, ¿qué encuentros y qué desencuentros tienen con las instituciones democráticas y cómo las afectan?

### ***En el umbral de una nueva era***

El modelo social imperante desde 1945 hasta el final de la década de los sesenta se quebró en tres puntos de ruptura básicamente. Cada una de éstos ha generado respuestas de auto-organización que llamamos nuevos movimientos sociales.

En primer lugar, se produjo una **ruptura cultural**. El progreso del capital, con su secuela de industrialización y urbanización, particularmente en el período mencionado, ha sido el escenario en el que aparece la crisis de la pareja, la crisis de las relaciones padres-hijos, la doble jornada de la mujer y la pérdida de fe en las creencias tradicionales. La antigua certidumbre de desintegración bajo el paso aparentemente indetenible de la **individualización de la sociedad**.

El estremecimiento de las relaciones humanas, producido por la desruralización compulsiva, dejó abierto el camino a nuevas preguntas que interrogaban sobre lo que sucedía y sobre lo que se debía hacer. **Los movimientos feministas y los movimientos juveniles han sido las más sobresalientes consecuencias de este trauma social, y quienes primero intentaron responder al desmoronamiento de los valores culturales y morales del último período de opulencia.**

En el movimiento feminista podemos distinguir dos etapas bien diferenciadas por sus objetivos, aunque muchas veces se superpongan en el tiempo. La primera está relacionada con las luchas de las mujeres por la igualdad laboral y política frente al hombre por la eliminación de las discriminaciones. En este terreno, los precedentes más antiguos se confunden con las luchas obreras por la reducción de las jornadas de trabajo, y con las múltiples manifestaciones, en todo Occidente, por el derecho al voto.

El segundo momento del feminismo está dirigido a la autoexploración y al autorreconocimiento. **Ya no se trata sólo de igualar las condiciones de hombres y mujeres, sino de lograr la autonomía, la libertad de decidir por sí mismas.** Annie Leclerc ha dejado escrito un testimonio excepcional de esta forma de feminismo, que es, por lo demás, la que más genuinamente puede ser considerada como parte de

---

los nuevos regímenes dependerá más del grado de democratización que logren promover que de la acción de los partidos y de los gremios.

los nuevos movimientos sociales. En su libro<sup>7</sup> no sólo nos habla de otras cosas, o de las mismas pero desde otro punto de vista, sino que también nos habla de otro modo. Nos dice que quien toma la palabra en nuestro mundo capitalista y machista es el hombre, y que la ha tomado para mandar, para hablar de todos los hombres. Annie Leclerc reivindica para las mujeres la palabra de las mujeres, aquella que ha estado subordinada y sometida bajo el discurso machista, tal como el pensamiento mágico ha estado subyugado por el pensamiento científico desde la revolución industrial en adelante. Y la reivindica no sólo en lo que dice sino en la manera como lo dice, haciendo caso omiso de las citas y de las reglas académicas en su peculiar discurso "ilógico" donde entrecortadamente aparecen una al lado de otra la filosofía, la risa, lo cotidiano, la amargura y esa otra sensación de trascendencia tan distinta de aquella con la que nos criaron<sup>8</sup>.

Al lado del cuestionamiento del rol tradicional de la mujer en la sociedad industrial, surge el cuestionamiento al papel de la educación. **El movimiento juvenil de los años sesenta y setenta nace igualmente asociado a la crítica de la autoridad. La confluencia de un proceso de politización con el desmoronamiento de la legitimidad de las instituciones educativas y el resquebrajamiento creciente de los nexos sociales e interpersonales, hacen emerger en el seno de la juventud respuestas culturales y políticas.** Frente a un mundo que se desmorona, a pesar de su cara festiva, surgen el **Rock**, el **hippismo**, el **Poder Negro** y una multitud de movimientos estudiantiles. Desde el shock musical de los Beatles y los Rolling Stones, los festivales multitudinarios (entre ellos el inolvidable Woodstock), las marchas por la paz y contra la guerra de Vietnam, hasta los Panteras Negras y su grito por la igualdad apoyado por los estudiantes californianos, la rebelión de Berkeley, el Movimiento de México que culminó en la irónicamente célebre Plaza de las Tres Culturas, la renovación Universitaria en Venezuela y la maravillosa primavera del 68 en París, los jóvenes irrumpieron con una cultura propia, sin precedentes<sup>9</sup>. A pesar de que en algún momento alguien escribió en los muros aquello de "paren el mundo que me quiero bajar", los movimientos juveniles junto al movimiento feminista, en realidad, no renunciaron al cambio, sino que, por el contrario, dieron al traste con la moral burguesa decimonónica. Las normas de la sexualidad nunca fueron ya las mismas, ni las universidades, ni las escuelas secundarias, ni la música que, aún hoy, marca indeleblemente la producción en este arte. Incluso el rumbo de la guerra de Vietnam, con las consecuencias enormes que tuvo en el debilita-

<sup>7</sup> Leclerc, Annie: **Parole de femme**, Grasset et Fasquelle, París, 1974.

<sup>8</sup> Otra referencia excepcional es Nin, Anaís: **Ser Mujer**, Ed. Debate, Madrid, 1979.

<sup>9</sup> En el trasfondo ideológico de este movimiento, la figura de Herbert Marcuse juega un papel de primer orden. Ver: **El fin de la utopía**, Siglo XXI, México, 1967, y **El hombre unidimensional**, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968.

miento de la hegemonía norteamericana, debe mucho al activismo de millones de jóvenes que por todo el mundo protestaron indignados contra ella, dejando muchos la vida en tales actos.

El segundo punto de agotamiento de la sociedad de posguerra es la **ruptura del modelo estatal**. Como ya lo dijimos antes, la crisis económica y la complejidad de la sociedad han marcado los límites de funcionamiento del Estado interventor y desarrollista<sup>10</sup>, tanto en su versión keynesiana desarrollada como en la forma populista y cepalina<sup>11</sup>. De manera más precisa se puede decir que los elementos de crisis del modelo estatal se resumen en tres:

**La ineficiencia administrativa.** En el caso de los países industriales de América Latina (Brasil, Argentina, México y Venezuela, y en menor medida Colombia, Perú, Chile y Uruguay), los aparatos de Estado más clásicamente burocráticos o aquéllos en los que los conflictos burocracia- tecnocracia están circunstancialmente definidos por una hegemonía de los criterios burocrático-populistas, son incapaces de seguir el ritmo de las demandas sociales. De este modo, se produce un efecto de **cámara lenta**: los trámites administrativos son engorrosos y largos, las soluciones urgentes o no de los conflictos cotidianos, así como de los trascendentes, son siempre postergadas por la inercia pública y, cuando se toma una decisión, ésta es compulsiva, epiléptica, a manera de "operativos permanentes" (en la jerga política) que dura escasos días. La sensación de marasmo se apodera de la población. El desmedido centralismo en la toma de decisiones hace aparecer al Estado desfasado de la sociedad. A su vez, en los países desarrollados, la ineficiencia estatal se intenta superar con un incremento del autoritarismo asociado a la utilización de la informática. Esto produce un efecto de aumento de la cantidad de información sobre los ciudadanos y de concentración de la misma en algunos organismos públicos, desplazando así poder de decisión desde la sociedad hacia el Estado, aún en los casos de gobiernos socialdemócratas avanzados como los de España y Francia.

**La incapacidad de prestar servicios.** En el área latinoamericana, el teléfono, el aseo urbano, el agua, en muchos casos la electricidad, la protección personal, la salud, la educación, el transporte y la comercialización de alimentos para sectores de bajos ingresos, todos ellos servicios que el Estado debería garantizar, son de baja calidad,

<sup>10</sup>Sobre el intervencionismo estatal en las condiciones de los países avanzados de América Latina, ver: Sonntag, Heinz R.: "En torno al Estado productor: el caso de Venezuela", *Pensamiento Iberoamericano*, No. 5a. Madrid, enero-junio, 1984.

<sup>11</sup>En una crisis muy semejante se encuentran los intentos de reconstrucción autoritaria del Estado como la de Chile, y por razones parecidas.

insuficientes o, incluso, inexistentes. Aunque las deficiencias en este terreno se distribuyen desigualmente siguiendo un trazado clasista, se puede decir que este aspecto del agotamiento del modelo estatal afecta al conjunto de la sociedad. En los países centrales, estos servicios no constituyen un problema grave. Sin embargo, la seguridad social, particularmente lo referente a la subvención del desempleo, es un terreno crítico que produce un efecto deslegitimador del modelo estatal en la sociedad, muy similar al que se aprecia en nuestra región por la carencia de suministro de servicios básicos.

**El deterioro de la legitimidad.** En parte como consecuencia de lo anterior, tanto los aparatos del Estado como los partidos políticos y sindicatos han perdido una buena proporción de credibilidad de la que dispusieron en la últimas décadas. En general, se está produciendo una paradoja de gran interés. Mientras que por un lado la participación en los procesos electorales no decae especialmente, por otro lado, cualquier encuesta de opinión arroja un elevado grado de escepticismo en todos los sectores sociales y en la mayoría de los países de Occidente, en relación a la actividad del Estado y de los partidos.

Estos cuellos de botella estatales, asociados a las crisis de las ciudades, están produciendo un efecto de auto-organización de la sociedad en movimientos de vecinos y asociaciones ciudadanas de las más variadas especies que han surgido en muchos países latinoamericanos y centrales con la intención expresa de suplir e incluso enfrentar al Estado en los terrenos que mencionamos<sup>12</sup>.

El tercer espacio en el que la fase 45-70 del capitalismo ha tocado fondo es el que llamamos la **ruptura del modelo de desarrollo**. Si hay algo en lo que coinciden los teóricos del capitalismo y la literatura marxista clásica, es en la necesidad del desarrollo. Para los primeros, el despliegue de las fuerzas productivas -léase compulsión de crecimiento del capital- se ve garantizado por las relaciones de producción capitalistas. Para los marxistas, la condición del desarrollo es la superación de estas relaciones. Son toneladas de papel las que se han escrito en favor o en contra de la propiedad privada y sobre los mecanismos de distribución de la riqueza, sobre el mercado y la planificación. En estos temas la polarización de posiciones es inme-

---

<sup>12</sup>En casos extremos esta situación puede llevar a lo que Margarita Gisecke ha llamado "privatización de la violencia", que consiste, en el caso peruano, en el linchamiento de los delincuentes por parte de la población en los barrios marginales de Lima y en las "rondas campesinas" organizadas por las comunidades agrarias para defenderse de las incursiones de Sendero Luminoso. Cf. Gisecke, M.: "Exposición para el Proyecto violencia, derechos humanos y supervivencia cultural" (ONU). Asociación Peruana de Estudios para la Paz, Lima, 1985 (papel de trabajo).

diata. Sin embargo, la unanimidad es sorprendente cuando de lo que se trata es de defender el carácter supuestamente neutral y benéfico del progreso.

El ideal de desarrollo que se formuló desde el siglo XVIII parecía haber alcanzado su climax en el período de expansión posterior a la segunda guerra mundial. El crecimiento económico, el bienestar material, la reproducción y el consumo masivos en los países centrales justificaban la euforia y la confianza desarrollista simbolizada por el **american way of life**. Pero, la luna de miel no duró mucho. La crisis económica, con su pesado fardo de recesión y desempleo masivo como anteriormente fue el consumo, se encargó de abrir una importante interrogante sobre el desarrollo, sobre sus posibilidades y sus límites. Paralelamente, la persistencia de los conflictos más importantes de la sociedad capitalista (excepción hecha de las contradicciones burguesía-resto de la sociedad) en el socialismo desarrollado valorizó el concepto de **sociedad industrial** para entender las notorias semejanzas entre ambos modelos.

Al mismo tiempo que la crisis se extiende, han aparecido con nitidez los efectos ambientales de la industrialización. La contaminación de la tierra, el aire y las aguas, el agotamiento de los recursos naturales, la multiplicación de las enfermedades laborales y urbanas, la individualización de la sociedad y el aislamiento de la gente, el hambre que pasa la mayor parte de los habitantes del planeta para sostener la opulencia del resto, la carrera armamentista y la estrategia suicida de la energía nuclear, son sólo parte del conjunto de problemas que se han destapado, una vez deteriorado el rostro de la abundancia.

Los movimientos ecologistas, cooperativistas, pacifistas y antinucleares que han surgido en las metrópolis, no son solamente una reacción frente al desencanto del desarrollo y sus secuelas; son igualmente una búsqueda de la sociedad por dotarse de una nueva forma de vida<sup>13</sup> que rescatan parte de la tradición anarquista del siglo XIX, reactualizan el movimiento hippie y comunitario de los sesenta, reciben en su seno la heterodoxia exmarxista y los cristianos de base, exploran las tecnologías y las energías alternativas y revisan críticamente las relaciones tradicionales de poder. Son la expresión más genuina del período de incertidumbre que vivimos, negados al pasado, con un futuro nebuloso todavía y un presente con más preguntas que respuestas.

---

<sup>13</sup>Referencias sobre algunas de estas experiencias se pueden encontrar en trabajos como los de Diener, Ingolf y Supp, Eckhard: **Ils vivent autrement**, Stock, París, 1982; Boyle, Godfrey y Hatper, Peter: **Radical Technology**, Wildwood House, Londres, 1976; y *Revista Integral*, Extra monográfico No. 8, Barcelona, 1983.

### **Clases sociales, movimientos sociales y Estado**

Esta serie de rupturas que se traducen en los **nuevos movimientos sociales** nos sugieren dos cosas: en primer lugar, la sociedad por venir es más compleja aún que la que se está extinguiendo actualmente. En segundo lugar, los patrones que utilizamos normalmente para entender el funcionamiento tradicional de los hechos políticos no son adecuados para entender las nuevas formas de organización. Está claro, por ejemplo, que la escasa y frágil organización del movimiento feminista no guarda ninguna proporción con la extraordinaria influencia ideológica que ejerce en todas las esferas de la sociedad.

Dicho esto, es inevitable tocar el tema de las clases sociales, de su relación con los nuevos movimientos y de su papel en las nuevas formas de las que la sociedad se está dotando.

Dejando de lado las pocas teorías que aún no se han percatado de que la lucha de clases ya no es el único motor de la historia, podemos concentrarnos en las asombrosamente coincidentes ideas de Alain Touraine y André Gorz.

Ambos autores, basándose en las premisas de Daniel Bell<sup>14</sup> afirman que la sociedad industrial está en decadencia y con ella la lucha de clases mismas pierde cada día más importancia. Las clases sociales habrían sido, según Touraine y Gorz, la forma de organización social del capitalismo hasta el advenimiento de la sociedad posindustrial o programada (así prefiere llamarla Touraine). Para Gorz, la pre-programación y sistematización del trabajo, apoyada por la informatización, está destruyendo la mentalidad de la clase obrera y generando una **no-clase** que *"No se define ya por su posición en el seno del proceso social de producción [...] (Ella es) una masa creciente, virtualmente mayoritaria, de gentes que pasan de un 'trabajo' a otro, aprenden oficios que jamás ejercen de manera regular, hacen estudios que no tienen salida ni utilidad práctica posible o dejan el bachillerato 'porque de todos modos no sirve para nada', después trabajan como auxiliares del correo, como recolectores de uvas en otoño, como vendedores en diciembre, como obreros en primavera, etc. La única cosa cierta para ellos es que no se sienten pertenecientes a la clase obrera ni a ninguna otra"*. Esta no-clase, particularmente individualizada sería el nuevo sujeto histórico revolucionario, liberado tanto de las clases sociales, como de sus formas de acción política, sería el caldo de cultivo de los nuevos movimientos sociales. Una argumentación semejante desarrolla Touraine cuando hace de los nuevos movimientos sociales el "actor colectivo que pue-

---

<sup>14</sup>Bell, Daniel: **The coming of post-industrial society**, Basic Books, New York, 1973.



de ocupar en una sociedad programada el lugar central que fue el del movimiento obrero en la sociedad industrial"<sup>15</sup>.

En estas proposiciones parece sugerírseles una relación inversamente proporcional entre clases sociales y movimientos sociales. La decadencia y eventual desaparición de las primeras (y en particular de la clase obrera) parecía ser la condición de existencia de los segundos. Ante el supuesto desvanecimiento de la clase obrera, tanto Touraine como Gorz necesitan reconstruir un sujeto revolucionario nuevo. Así, a pesar de toda la irreverencia y heterodoxia de sus planteamientos, se nos revelan a fin de cuentas como fieles seguidores de la lógica hegeliana y marxista, en la que un paradigma del conocimiento excluye cualquier otro. La sociedad funciona con una y única norma: o son las clases o son los movimientos.

Hay que llevar hasta sus últimas consecuencias el importante esfuerzo de comprensión de los nuevos fenómenos sociales que hacen Gorz y Touraine. Una realidad más compleja requiere de una forma de pensamiento más sencilla. No tiene sentido apegarse a paradigmas de conocimiento de los siglos XVIII y XIX, en los que se trata de hacer entrar a la realidad en un esquema preconcebido y, repito, excluyente. Ya contamos con numerosos trabajos que muestran la supervivencia de las clases sociales y de sus luchas en las sociedades socialistas y capitalistas avanzadas, así como el carácter de clase de la tecnocracia<sup>16</sup>. La lucha de clases y las clases mismas están transformándose profundamente, los terrenos de conflicto se desplazan desde la naturaleza de la propiedad hacia las contradicciones entre el trabajo manual e intelectual, la burguesía tradicional pierde importancia frente a las corporaciones tecnocráticas y la clase obrera ve modificadas continuamente sus referencias laborales bajo la presión del cambio técnico. Todo esto es cierto. Pero, no hay ninguna evidencia convincente de que el resultado de este proceso vaya a desembocar en el debilitamiento e incluso desaparición de las clases. Por el contrario, la preeminencia creciente de la tecnocracia augura nuevos y más intensos conflictos de clase.

Por otro lado, la existencia de los nuevos movimientos sociales es un hecho político y social que ya pocos estudios dejan de tomar en cuenta, por lo identificados que están con los parámetros organizativos de la sociedad que ya empiezan a materializarse y que aumentarán de importancia en el futuro. De tal manera que es razona-

<sup>15</sup>Touraine, Alain: *L'Après socialisme*, Grasset, París, 1980, p. 141.

<sup>16</sup>Desde muy diversos ángulos c.f. Bettelheim, Charles: *Les luttes de classes en URSS*, Seuil-Maspero, París, 1977; Poulantzas, Nicos: *Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui*, Seuil, París, 1974; Gouldner, Alvin: *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Alianza Universitaria, Madrid 1980; de la Cruz, Rafael: "El ascenso de los tecnócratas y la utopía del tiempo libre". *Cuadernos del CENDES*, Nos. 2-3, Caracas, enero-agosto, 1984.

ble pensar en un funcionamiento complejo de la sociedad en el que coexisten las clases sociales con sus leyes de funcionamiento, y los movimientos sociales con leyes autónomas de las primeras, con razones de existencia distintas y posibilidades y límites distintos también. Así, podemos imaginar a un sujeto social perteneciente a una clase y que actúa políticamente en tanto que tal, al tiempo que el mismo sujeto, afectado por las rupturas antes señaladas, participa como **individuo** en cualquier movimiento social. Esta lógica esquizoide, seguramente difícil de aceptar para los herederos del racionalismo decimonónico, merece, sin embargo, ser considerada y explorada. Es tal vez lo más cercano a la sociedad esquizoide en la que vivimos.

Siguiendo las investigaciones de Nicolás Poulantzas, comprendiendo al Estado como la condensación específica de las relaciones de fuerza de la sociedad<sup>17</sup>, podemos sugerir que si las formas de Estado están en crisis, esto, aunque sea parcialmente, está en función de las relaciones contradictorias entre las viejas formas de organización de la sociedad (clases, partidos, gremios) y las nuevas (movimientos sociales). Más concretamente, si las instituciones democráticas están en una encrucijada, es debido a la emergencia de nuevas demandas sociales representadas, en primer lugar, por ese despertar ciudadano que son los nuevos movimientos sociales.

### ***Un reto para la democracia***

Hemos recorrido una línea de rupturas, en el contexto de las cuales han emergido los nuevos movimientos sociales. La complejidad de la sociedad, el desdibujamiento de los patrones culturales tradicionales, la puesta en cuestionamiento del Estado populista burocrático y del modelo de desarrollo, han ido produciendo novedosas luchas sociales y políticas. Cada movimiento, con sus esperanzas y reivindicaciones parciales, aporta elementos para lo que podemos llamar un **proyecto alternativo en construcción**. La ruptura cultural engendra respuestas culturales de parte de las feministas y los movimientos juveniles. Un espacio de contra-ideología o de nueva ideología, se abrió desde finales de los años sesenta, y es sobre ese espacio que seguimos construyendo. El surgimiento de los movimientos vecinales, en reacción a la ruptura del modelo estatal, ha estimulado la participación de los ciudadanos en las luchas urbanas. Los ecologistas, a su vez, son portadores de alternativas frente a un modelo de desarrollo agotado e insufrible. Otros movimientos, como el cooperativo, los cristianos de base, y numerosos grupos culturales, **contribuyen**

<sup>17</sup>Poulantzas, Nicos: *L'Etat, le pouvoir, le socialisme*, PUF, París, 1978.

**igualmente en uno u otro sentido al proceso de formación de una nueva forma de pensar la vida. Y no sólo la piensan, también tratan de vivirla.**

Desde los distintos focos de conflicto, todos los nuevos movimientos sociales coinciden en lo que Agnes Heller<sup>18</sup> califica como **necesidades radicales**. La búsqueda de la autonomía, la descentralización de las actividades económicas, la desconcentración del poder, la libertad entendida en el sentido cultural de construcción de una nueva moral, el respeto al ambiente y la necesidad de democratizar la democracia, son los puntos centrales alrededor de los que se entienden, discuten y se ponen paulatinamente de acuerdo los diversos movimientos. Es un proceso contradictorio, con adelantos y retrocesos, fluctuante, pero que ha logrado crear ya un clima, un ambiente de reconocimiento, un "nosotros", base del compromiso que se está construyendo.

Frente a estos hechos hay comúnmente dos posiciones escépticas. La primera intenta desvalorizar la importancia de los movimientos sociales asignándoles una existencia circunstancial, efímera. Otra corriente, mucho más interesante, advierte sobre el peligro de que el autonomismo y antiestatismo de los nuevos movimientos desencadenen, por su rechazo a la política, una "lógica perversa" que desemboque en el corporativismo y refuerce finalmente al Estado.

Dos ejemplos tomados de Europa y de América Latina pueden servir para aclarar un poco la situación; me refiero a **Los Verdes** en Alemania y al **movimiento vecinal** en Venezuela. En el primer caso no sólo han logrado una organización nacional de nuevo tipo que les ha permitido su ingreso al Parlamento Federal y a la mayoría de los parlamentos estatales, sino que se han convertido en el espacio de articulación de las nuevas luchas culturales, económicas, ambientales y políticas provenientes de los más diversos grupos organizados no tradicionales. Hacia el futuro, la radicalización del Partido Social Demócrata Alemán (SPD) (recordemos que Oskar Lafontaine, representante del ala izquierda del SPD, acaba de ser electo Primer Ministro del Saarland) abre eventualmente posibilidades de colaboración, incluso gubernamental, a Los Verdes. En el segundo caso, el movimiento vecinal venezolano, a pesar de su relativamente escasa trayectoria (algo más de diez años), ha podido formular un proyecto de reforma del Estado que prevé la descentralización de las decisiones, el aumento del poder real de los municipios y el incremento de la participación de la comunidad en estas entidades políticas locales, así como reformas electorales que aumentan la responsabilidad de los representantes frente a los

---

<sup>18</sup>Heller, Agnes: **Para cambiar la vida. Entrevista de Ferdinando Adornato**, Grijalbo, Barcelona, 1981.

electores. Una iniciativa de este género no puede ser calificada de corporativista. Y a pesar de que los partidos políticos intentan penetrar y mediatizar este movimiento, sus rasgos de autonomía se mantienen firmes aún y parece que seguirán así, al menos por el período de tiempo que razonablemente se puede prever.

Las nuevas demandas sintetizadas por los movimientos sociales son un reto y a la vez una esperanza para la democracia. La desafección de la sociedad por las instituciones representativas deja abierta la puerta al incremento del autoritarismo bajo el signo de una reconstitución tecnocrática del Estado. Pero, al mismo tiempo, en las demandas de traslado de poder desde el Estado hacia la sociedad está la clave para una reconstrucción de las instituciones democráticas en el marco de un nuevo pacto social, más allá del desarrollismo, del populismo y de la tentación autoritaria.

\* Parte del presente artículo adelanta algunos elementos de un trabajo mayor, perteneciente a un volumen colectivo sobre los movimientos sociales en América Latina, que publicará próximamente Siglo XXI Editores, compilado por Daniel Camacho e introducido por Pablo González Casanova.